



El pobre Goriot
Honoré de Balzac

París, 1817. En una pensión «de clase media», regentada con economía por una viuda, coinciden los desechos de la sociedad parisina y los jóvenes que sueñan con entrar en ella. En el último piso, el más barato, viven puerta por puerta un anciano que amasó una fortuna fabricando fideos y que, habiendo casado espléndidamente a sus hijas, ahora es menospreciado por ellas, y un estudiante de provincias que apenas tiene para unos guantes amarillos con los que triunfar en un baile. Un tercer huésped, el misterioso Vautrin, que detecta la ambición del estudiante, le propone un tortuoso crimen que podría enriquecerlo de la noche a la mañana.

El pobre Goriot (1835), una de las novelas más justamente célebres de la historia de la literatura, enfrenta a dos hombres en los dos extremos de la vida: el anciano que la concluye en la ingratitud y la ruina y el joven que se abre a ella resistiéndose a aceptar que habrá de elegir entre la virtud y la corrupción. «¡Ay, sépalo el lector, este drama no es una ficción ni una novela! —dice Balzac en las primeras páginas—. *All is true*, ¡es tan verdadero que todos pueden reconocer los elementos que hay en él en su casa y quizá en su corazón!».

NOTA AL TEXTO

Balzac comienza a escribir *Le père Goriot* en el otoño de 1834, cuando está empezando a concebir el esquema general de lo que había de ser *La comedia humana* y el proyecto de los personajes que vuelven a aparecer de un libro a otro. Se publica en cuatro entregas en *La Revue de Paris*, el 14 y el 28 de diciembre de 1834 y el 18 de enero y el 1 de febrero de 1835. El 11 de marzo de ese mismo año aparece en forma de libro.

Para la presente versión castellana de *Le père Goriot* hemos usado la primera edición de *La comedia humana*, llamada *édition Furne*, que se publicó entre 1842 y 1845. No obstante, hemos conservado la división en cuatro capítulos que aparece en algunas ediciones posteriores.

La traducción del título de esta novela ha constituido siempre un problema al que se han dado diversas soluciones.

La dificultad reside en la doble acepción de la palabra *père*, que permitió a Balzac definir ya desde el título la esencia del personaje: por una parte, su ontológica, extrema, irredenta condición de padre y, por otra, su descenso en la escala social, pasando del respetuoso tratamiento de *monsieur* al popular y un sí es no es despectivo de *père* según se va empobreciendo, y por culpa de sus hijas precisamente.

En nuestra opinión es imposible, por mucho empeño que se le eche, trasladar adecuadamente lo antedicho al

castellano recurriendo a la palabra «padre» –o alguna variante– o echando mano de algún tratamiento popular que no es, por lo demás, equivalente al francés sino de forma tangencial.

Nos pareció, en cambio, por demás atinada la opción de traductores ingleses y catalanes que, prescindiendo de la letra, decidieron recoger, con otros recursos, el espíritu. Tras los pasos de quienes optaron por *Old Goriot* o *El vell Goriot*, pero no queriendo renunciar a un título polisémico, hemos optado por *El pobre Goriot*.

A pobre, a paupérrimo, llega Goriot, comerciante retirado con muy buen pasar al principio, por su condición de padre, efectivamente, y no por otros motivos. Y «pobre» es una forma condescendiente de referirse a una persona a quien se quiere hacer de menos; de hecho, tanto el narrador cuanto los personajes de la novela lo hacen así con frecuencia: *le pauvre homme*, junto con *le bonhomme*, otro apelativo del mismo tenor. Pobre es, pues, Goriot, a la postre, tanto en condición y consideración social cuanto en bienes terrenales. Y rico en desventuras. Y todo ello por su paternidad.

Vaya, pues, esta nueva versión castellana de *Le père Goriot* también con nuevo título, que no supone en modo alguno enmienda ni menoscabo de ningún otro –la cuestión era ardua, y lo sigue siendo, y es harto posible que con el tiempo aparezcan otras propuestas–; es, sencillamente, el fruto de largas cavilaciones y animados debates que compartieron la traductora y el director de la colección.

MARÍA TERESA GALLEGO URRUTIA

Al grande e ilustre Geoffroy-Saint-Hilaire
en testimonio de admiración por sus trabajos y su ge-
nio.

DE BALZAC

CAPÍTULO I

UNA CASA DE HUÉSPEDES DE CLASE MEDIA

La señora Vauquer, de soltera De Conflans, es una anciana que lleva cuarenta años regentando una casa de huéspedes de clase media sita en la calle Neuve-de-Sainte-Geneviève, entre el Barrio Latino y el Faubourg Saint-Marceau. Dicha casa de huéspedes, que es conocida con el nombre de Casa Vauquer, acepta tanto a hombres como a mujeres, a personas jóvenes y ancianas, sin que nunca se hayan metido las malas lenguas con las costumbres de ese respetable establecimiento. Pero también es cierto que hace treinta años que no se había visto en ella a muchacha alguna y que, par que viva allí un joven, muy frugal ha de ser el subsidio con que lo abastece su familia. No obstante, en 1819, época en la que empieza este drama, vivía allí una muchacha pobre. Por mucho que esa forma abusiva y retorcida con que se ha prodigado en estos tiempos de dolorosa literatura haya desacreditado la palabra «drama», no queda más remedio que usarla aquí: no porque esta historia sea dramática en el sentido propio de la palabra, pero entra dentro de lo posible que, una vez concluida la obra, alguien haya vertido unas cuantas lágrimas *intra muros* y *extra*. ¿Habrán quien la entienda fuera de París? Es lícito dudarlo. Las peculiaridades de este escenario colmado de observaciones y color local no pueden valorarse sino entre los altos de Montmartre y los de Montrouge, en ese ilustre valle de materiales deleznable siempre listos para venirse abajo y de arroyos ne-

gros de barro; valle colmado de padecimientos reales, de alegrías, falsas con frecuencia, y tan terriblemente convulso que se necesita algo, a saber qué, un algo desorbitado, para que nazca una sensación que dure un poco. No obstante, existen acá y acullá sufrimientos que la aglomeración de los vicios y las virtudes convierte en grandes y solemnes: al verlos, los egoísmos y los intereses se detienen y se compadecen; pero la impresión que les causan es como de una fruta sabrosa y comida ávidamente a no mucho tardar. El carro de la civilización, semejante al del ídolo de Jagger-nat^[1], al que apenas demora algún corazón menos fácil de triturar que los demás y que le traba la rueda, no tarda en quebrarlo y prosigue su marcha triunfal. Así harán los lectores, quien sostenga este libro con mano blanca, quien se arrellane en un sillón mullido diciéndose: «A lo mejor me entretiene». Tras haber leído los secretos infortunios del pobre Goriot, cenará con apetito, achacando la insensibilidad propia al autor, tildándolo de exagerado, acusándolo de poesía. ¡Ay, sépalo el lector, este drama no es ni una ficción ni una novela! *All is true*, es tan verdadero que todos pueden reconocer los elementos que hay en sí y quizá en su corazón.

La vivienda donde está el negocio de la citada casa de huéspedes de clase media pertenece a la señora Vauquer. Se halla en la parte baja de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en el punto en que el terreno desciende hacia la calle de L'Arbalète con una cuesta tan repentina y ruda que pocas veces la suben o la bajan los caballos. Tal circunstancia propicia el silencio que reina en esa aglomeración de calles entre el domo de Le Val-de-Grâce y el domo de Le Panthéon, dos monumentos que alteran las condiciones de la atmósfera dándole tonos amarillos, ensombreciendo todo con los colores severos que proyectan sus cúpulas. Allí están secos los adoquines, los arroyos no llevan ni barro ni agua, la hierba crece siguiendo la línea de las paredes. El hombre más despreocupado se entristece, como todos los

demás transeúntes, el ruido de un carruaje se convierte en un acontecimiento, las casas son lóbregas y los muros huelen a cárcel. Un parisino extraviado sólo vería en ellas casas de huéspedes de clase media o instituciones de la miseria o del hastío, de la vejez que se muere, de la alegre juventud obligada a trabajar. No hay barrio de París que sea más espantoso ni, también hay que decirlo, más desconocido. La calle Neuve-Sainte-Geneviève sobre todo es como un marco de bronce, el único que entona con este relato, en que no hay que escatimar, para aprontar la inteligencia, los tonos pardos y las ideas adustas; de la misma forma que, de peldaño en peldaño, la luz disminuye y la cantilena del guía suena a hueco cuando el viajero baja a las Catacumbas. ¡Comparación atinada! ¿Quién decidirá qué es más espantoso ver, unos corazones resecos o unas calaveras vacías?

La fachada de la casa de huéspedes da a un jardincillo, de forma tal que el edificio hace ángulo recto con la calle Neuve-Sainte-Geneviève, donde puede verse el corte en profundidad. Siguiendo esa fachada, entre la casa y el jardincillo, se extiende una hondonada de grava de unos dos metros, ante la que hay un paseo enarenado que bordean geranios, adelfas y granados plantados en jarrones grandes de cerámica azul y blanca. Se entra en el paseo por una puerta ni principal ni de servicio que remata un rótulo en que pone: «Casa Vauquer», y debajo: «Casa de huéspedes para ambos sexos y más». Durante el día, un cancel, provisto de una campanilla chillona, permite vislumbrar, al final del breve enlosado, en la pared opuesta a la calle, un arco que pintó de mármol verde un artista del barrio. Bajo el vano que finge esa pintura, se alza una escultura que representa al Amor. Por el barniz descascarillado que la cubre, los aficionados a los símbolos podrían ver en ella quizá un mito del amor parisino cuyas dolencias remedian a pocos pasos de allí. Bajo el pedestal, esta inscripción medio borrada recuerda la época a la que se remonta con el entu-

siasmo que demuestra por Voltaire, quien regresó a París en 1777:

Mira, fueres quien fueres, a tu dueño:
lo es, lo ha sido o ha de serlo.

Al caer la tarde, sustituyen el cancel por una puerta maciza. El jardincillo, cuya anchura coincide con la longitud de la fachada, lo encajonan el muro de la calle y el muro medianero de la casa de al lado, por toda la cual cuelga un manto de hiedra que la oculta por completo y atrae las miradas de los transeúntes debido a esa apariencia, pintoresca en París. Ambos muros están tapizados de espalderas y de parras sobre cuyos frutos encanijados y polvorientos versan los temores anuales de la señora Vauquer y sus conversaciones con los huéspedes. A lo largo de todas las paredes discurre un paseo estrecho que conduce a una zona que sombrean unos tilos, palabra que la señora Vauquer, aunque nacida en Conflans, pronuncia obstinadamente *tijos*, pese a los comentarios gramaticales de sus huéspedes. Entre los dos paseos laterales hay un cuadro de alcachofas que flanquean árboles frutales afilados como husos y borduras de acedera, lechugas y perejil. A la sombra de los tilos se halla una mesa redonda pintada de verde y rodeada de asientos. Allí acuden a paladear el café, en los días caniculares y con un calor que podría incubar huevos, los comensales lo suficientemente acaudalados para tomarlo. La fachada, de tres pisos de altura y rematada con buhardillas, es de mampuestos y lleva un revoco de ese color amarillo que vuelve espantosas casi todas las casas de París. Las cinco aberturas de los tres pisos tienen cristales pequeños y celosías, ninguna de las cuales está alzada por igual, de forma tal que ninguna de sus líneas hace juego. La profundidad de la casa da para dos ventanas que, en la planta baja, adornan unos barrotes de hierro a modo de rejas. Detrás del edificio hay un patio de unos veinte pies de ancho, donde viven en

buena armonía cerdos, gallinas y conejos, y en cuyo fondo se alza un cobertizo para guardar la leña. Entre ese cobertizo y la ventana de la cocina está colgada la fresquera, bajo la que cae el agua de fregar de la pila. En ese patio, abre a la calle Neuve-Sainte-Geneviève una puerta estrecha por la que la cocinera expulsa de la casa la basura limpiando mañana sentina con grandes cantidades de agua, so pena de pestilencia.

Destinada por naturaleza al negocio de casa de huéspedes, la planta baja se compone de una primera estancia a la que proporcionan luz las dos ventanas que dan a la calle y en la que se entra por una puerta acristalada. Ese salón tiene comunicación con el comedor, al que separa de la cocina el hueco de una escalera cuyos peldaños son de madera y de baldosines teñidos y pulidos. Nada más triste para la vista que ese salón amueblado con sillones y sillas tapizados de estambre de rayas alternas, brillantes y mates. En el centro hay una mesa redonda con tapa de mármol Sainte-Anne, que orna esa licorera de porcelana blanca decorada con filos dorados medio borrados que hoy en día se ve por todos lados. Las paredes de la habitación, de suelo de tarima bastante mala, tienen un zócalo de madera que llega a la altura del codo. El resto lo cubre un papel acharolado que representa las escenas principales de Telémaco, cuyos personajes clásicos están coloreados. El entrepaño de entre las ventanas con reja brinda a los huéspedes el espectáculo del banquete que le dio Calipso al hijo de Ulises. Este cuadro lleva cuarenta años alentando las bromas de los huéspedes jóvenes, que se creen superiores a su posición burlándose de la cena a que los condena la miseria. La chimenea de piedra, cuyo hogar siempre limpio da fe de que sólo se enciende fuego en las grandes ocasiones, la adornan dos jarrones llenos de flores artificiales, viejas y enjauladas, a las que acompaña un reloj de sobremesa de mármol azulenco de gusto pésimo. Esta primera habitación despidе un olor que no tiene nombre en el lenguaje y que habría

que llamar *olor a casa de huéspedes*. Huele a cerrado, a moho, a rancio; da frío; se respira humedad, que le impregna a uno la ropa; tiene regusto a local en donde se come; apesta a servicio, a oficio, a hospicio. Quizá fuera posible describirlo si se inventase un procedimiento para calibrar las cantidades elementales y nauseabundas que arrojan allí las emanaciones catarrosas y *sui generis* de todos y cada uno de los huéspedes, jóvenes o viejos. Pues bien, pese a esos adocenados espantos, si se comparase con el comedor contiguo, ese salón parecería elegante y perfumado como ha de serlo un tocador. Dicha estancia, forrada de madera de arriba abajo, estuvo pintada antaño de un color inconcreto que hoy en día constituye un fondo sobre el que la mugre imprimió sus capas trazando así figuras extrañas. Tiene como un contrachapado de aparadores pringosos en los que hay jarras desportilladas y opacas, servilleteros de chapa galvanizada y pilas de platos de porcelana basta y bordes azules, fabricados en Tournai. En una esquina se halla un casillero con divisiones numeradas que sirve para guardar las servilletas, o sucias o manchadas de vino, de los huéspedes. Hay en este comedor muebles indestructibles, proscritos en cualquier otro sitio, pero cobijados aquí igual que los restos de la civilización en el Hospicio de los Incurables. El lector podría ver en él un barómetro con un capuchino que asoma cuando llueve; unos grabados repulsivos que quitan el apetito, enmarcados todos en madera negra y barnizada con filetes dorados; un reloj de caja de nácar con incrustaciones de cobre; una estufa verde; unos quinqués de Argand en los que el polvo se combina con el aceite; una mesa larga cubierta con un hule lo bastante grasiento para que algún medio pensionista gracioso escriba su nombre usando el dedo a modo de estilete; unas sillas desvencijadas; unas esterillas lamentables de un esparto que se va deshaciendo interminablemente sin romperse nunca del todo; y además unos calentapiés míseros con las aberturas rotas, las bisagras caídas y la madera a medio

carbonizar. Para explicar hasta qué punto están estos muebles viejos, agrietados, podridos, tambaleantes, corroídos, mancos, tuertos, inválidos, agonizantes habría que dar de ellos una descripción que demoraría en exceso el interés de esta historia y que las personas con prisas no perdonarían. Los baldosines rojos están llenos de valles fruto del pulido o del tinte. Impera aquí, en resumidas cuentas, la miseria sin poesía; una miseria ahorrativa, concentrada, raída. Aunque aún no tiene fango, ya tiene manchas; aunque no tiene ni agujeros ni harapos, se deshace de puro podrida.

Esta habitación está en todo su esplendor en el momento en que, a eso de las siete de la mañana, el gato de la señora Vauquer antecede a su dueña; brinca sobre los aparadores, olfatea la leche que hay en varios cuencos tapados con platos y deja oír su ronroneo matutino. No tarda en aparecer la viuda, aderezada con un gorro de tul bajo el que cuelga un cairel de pelo postizo mal ajustado; anda arrastrando con indolencia las zapatillas deformadas. La cara envejecida y regordeta, en cuyo centro destaca una nariz de pico de loro, las manos menudas y gordezuelas, el cuerpo rollizo como de rata de iglesia, la espetera excesiva y bamboleante armonizan con este comedor del que rezuma la desdicha, donde se acurruca la especulación y cuyo aire cálidamente fétido respira la señora Vauquer sin que le dé asco. La cara, fresca como una helada primeriza de otoño, los ojos arrugados cuya mirada pasa por turnos de la sonrisa obligada en las bailarinas a la huraña amargura del cobrador de créditos, toda su persona, en fin, explica la casa de huéspedes de la misma forma que la casa de huéspedes implica su persona. No hay presidio sin bastonero, no puede concebirse aquél sin éste. La gordura blancuzca de esta mujercita es fruto de esa vida de la misma forma que el tifus es consecuencia de las emanaciones de un hospital. La falda bajera de punto, que le asoma bajo la falda propiamente dicha, hecha de un vestido viejo y que va perdiendo

la guata por las rajadas de la tela, es un resumen del salón, del comedor y del jardincillo, anuncia la cocina y permite intuir a los huéspedes. Cuando ella está presente ya está completo el espectáculo. La señora Vauquer, que ronda los cincuenta, se parece a todas las *mujeres que han tenido mala suerte en la vida*. Tiene la mirada vidriosa, la expresión candorosa de una alcahueta que piensa acalorarse para cobrar más caro, aunque esté por lo demás dispuesta a todo para mejorar su suerte y a entregar a Georges o a Pichegru si es que Georges o Pichegru^[2] estuvieran aún por entregar. No obstante, *en el fondo es una buena mujer*, dicen los huéspedes, que la tienen por pobre al oír la quejarse y toser como ellos. ¿A qué se había dedicado el señor Vauquer? Su viuda nunca hablaba del difunto. ¿Cómo había perdido su fortuna? No le fue bien, contestaba ella. Se había portado mal con su mujer y no le había dejado más que los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho a no compadecerse de infortunio alguno porque, a lo que decía, había padecido cuanto es posible padecer. Al oír el trotecito de su ama, Sylvie, la gruesa cocinera, se apresuraba a dar de almorzar a los huéspedes hijos.

Por lo general los huéspedes medio pensionistas sólo se apuntaban a las cenas, por las que pagaban treinta francos mensuales. En la época en que empieza esta historia, los hijos eran siete. En el primer piso se hallaban los mejores aposentos de la casa. La señora Vauquer vivía en el de menor rango y el otro era de la señora Couture, viuda de un intendente de los Ejércitos de la República Francesa. Tenía consigo a una muchacha muy joven, llamada Victorine Taillefer, a quien hacía las veces de madre. La pensión que pagaban ambas señoras alcanzaba los mil ochocientos francos. Uno de los cuartos del segundo piso lo ocupaba un anciano que se llamaba Poiret; y los otros, un hombre de unos cuarenta años que llevaba peluca negra, se teñía las patillas, decía haber sido hombre de negocios y se llamaba señor Vautrin. El tercer piso se componía de cuatro habita-

ciones; una la tenía alquilada una solterona llamada señorita Michonneau; y la otra, un fabricante de fideos, de pasta italiana y de almidón ya retirado, de apellido Goriot. Los otros dos cuartos eran para las aves de paso, esos infortunados estudiantes que, igual que Goriot y la señorita Michonneau, sólo podían gastar cuarenta y cinco francos mensuales en comer y alojarse; pero a la señora Vauquer le parecía poco de desear su presencia y no los admitía más que cuando no le salía nada mejor: comían demasiado pan. En este momento, una de las habitaciones era de un joven procedente de las inmediaciones de Angulema que había venido a París para cursar estudios de Leyes y cuya familia, numerosa, padecía las más duras estrecheces para enviarle mil doscientos francos anuales. Eugène de Rastignac, que así se llamaba, era uno de esos jóvenes a quienes la desgracia prepara para el trabajo, que entienden desde la más tierna edad las esperanzas que tienen sus padres puestas en ellos y se preparan un buen futuro calibrando ya el alcance de lo que estudien y adaptándolo de antemano a la futura evolución de la sociedad, para ser los primeros en sacarle jugo. Sin sus observaciones peculiares y la habilidad con que supo presentarse en los salones parisinos, este relato habría carecido del toque de color auténtico que, no cabe duda, le deberá a su pensamiento sagaz y a su deseo de ahondar en los misterios de una situación espantosa que ocultaban con idéntico cuidado quienes la habían creado y el que la padecía.

Más arriba de ese tercer piso, había un desván donde se tendía la colada y dos sotabancos donde dormían un mozo para todo, llamado Christophe, y Sylvie, la cocinera gruesa. Además de los siete huéspedes fijos, la señora Vauquer tenía, un año con otro, ocho estudiantes de Leyes o de Medicina y dos o tres parroquianos que vivían en el barrio, todos ellos apuntados sólo a las cenas. En el comedor cabían dieciocho personas a cenar y podía albergar hasta unas veinte; pero por la mañana sólo estaban los siete fijos que, al reu-

nirse, ofrecían durante el almuerzo el aspecto de una comida familiar. Todos bajaban en zapatillas y se permitían comentarios confidenciales acerca del porte o del aspecto de los medio pensionistas y acerca de los acontecimientos de la velada de la víspera, hablando con la confianza que da la intimidad. Esos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, que les tasaba con precisión de astrónomo los cuidados y las consideraciones según la cantidad que pagasen de pensión. Estos seres, que había reunido el azar, contaban con consideración pareja. Los dos inquilinos del segundo sólo pagaban setenta y dos francos mensuales. Ese precio económico, que no se encuentra sino en el Faubourg Saint-Marcel, entre la maternidad de la calle de La Bourbe y el hospital de La Salpêtrière, y cuya única excepción era la señora Couture, anuncia que a dichos huéspedes debían de agobiarlos desgracias más o menos a la vista. En consecuencia, el espectáculo desconsolador que brindaba el interior de la casa se repetía en los atuendos de sus parroquianos, no menos deteriorados. Los hombres llevaban levitas cuyo color se había convertido en problemático, calzado como el que tiran junto a los guardacantones de las esquinas en los barrios elegantes, ropa blanca tazada e indumentarias a las que ya sólo les quedaba el alma. Los vestidos de las mujeres estaban pasados de moda, reteñidos, desteñidos; los encajes, viejos y remendados; los guantes con brillos por el uso; los cuellos siempre asurados, y las pañoletas raídas. Aunque tal fuera la ropa, a casi todos se les veían cuerpos de recio esqueleto, constituciones que habían resistido a las tormentas de la vida, rostros fríos, duros, desgastados como los de los escudos retirados de la circulación. Dientes ávidos armaban las bocas ajadas. Aquellos huéspedes dejaban intuir dramas consumados o vigentes: no dramas de esos que se representan a la luz de las candilejas y entre telones pintados, sino dramas vivos y mudos, dramas helados que conmovían ardientemente los corazones, dramas continuos.